

EL FRUTO DE LA NADA

(Domingo 5º de Cuaresma. 2018)

Juan 12, 20-33

*Entre los que habían ido a Jerusalén para dar culto a Dios en la fiesta había algunos **griegos**. Éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le dijeron:*

*- “Señor, queremos **ver** a Jesús”.*

Felipe se lo fue a decir a Andrés; Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Jesús les respondió:

*- “**Ha llegado la hora** en que va a ser **glorificado** el hijo del hombre. Os aseguro que si el **grano** de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su **vida** la perderá; y el que odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna.*

*El que quiera ponerse a mi **servicio**, que me siga, y **donde esté yo** allí estará también mi servidor. A quien me sirva, mi Padre lo honrará. Ahora estoy profundamente angustiado. ¿Y qué voy a decir? ¿Pediré al Padre que me libre de **esta hora**? No, pues he venido precisamente para vivir **esta hora**. Padre, glorifica tu nombre”.* Entonces dijo una voz del cielo:

*- “Lo he **glorificado** y lo **glorificaré** de nuevo”.*

La gente que estaba allí y lo oyó, dijeron que había sido un trueno. Oros decían que le había hablado un ángel.

Jesús replicó:

*- “Esta voz no ha venido por mí, sino **por vosotros**.*

Ahora es cuando va a ser juzgado este mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera.

*Y yo, cuando sea **levantado de la tierra**, atraeré a todos hacia mí”.*

*Decía esto indicando de qué **muerte** iba a morir.*

Queridos amigos y amigas: El título del comentario recuerda un sermón del Maestro Eckhart, dominico de la Edad Media, pero el fondo de esas palabras pertenece a la comparación que hace Jesús con el **grano** de trigo. Al ser sembrado en el suelo muere y se convierte en una **nada**, nada de sí mismo como grano de trigo. Pero esa nada encierra el prodigio de un nacimiento, produce **fruto** abundante.

Siempre, por muchas explicaciones que provengan de la investigación científica, estamos ante el misterio del nacimiento, no sólo el de un niño. También que de una nada como el enterramiento de la semilla venga vida. Trasladar esta figuración a la **vida** humana es lo que está Jesús haciendo con su **muerte**. Él es el grano de trigo que muere, pero esa muerte da fruto

abundante. Al **fruto** lo llama él **glorificación**. Gloria de **Vida** resucitada de Jesús y dada a todos, que lo conocerán y lo seguirán para **estar allí donde él esté**.

[**Excursus**.- Quiero prestar un poco de atención al significado de *gloria* (*doxa*) en la Biblia. La gloria de un ser, de una obra importante (su “peso”), y su glorificación, no viene de fuera a la manera de un reconocimiento dado, como una pensión, una medalla, un diploma, una estatua, un “nombre” de calle... La gloria viene de dentro, de una fecundidad interior que se expande, como la de cualquier semilla sembrada en buena tierra. El **premio** al árbol que crece bien desde su siembra es el fruto, por ejemplo, la manzana, no un colgante honorífico o una placa. Esta comparación del árbol fue utilizada por Jesús en sus parábolas. *Todo árbol bueno da fruto bueno*, de modo que la bondad del árbol es suya, no le es dada de fuera, y su gloria se plasma en el **fruto**. Es natural que a propósito de algo bueno que hemos hecho soñemos alguna vez con un reconocimiento, un premio, o cualquier forma de gratitud, como la alabanza, pero la sorpresa cuando nos llegue el momento será conocer el fruto de nuestra obra. Ciertamente que nuestra obra ocurre en el mar de la **gracia** creadora de Dios, en el infinito campo de su poder, pero es también fruto de nuestro libre poder creador. Dios ha querido eso, quiere cooperantes de creación. La **gloria** de Dios es el hombre (hemos oído alguna vez) y la prolongación de esa gloria son nuestras obras.]

Griegos

El recorrido hasta Jesús

Esta secuencia, unos Griegos (tal vez prosélitos o simpatizantes del judaísmo) que van a Felipe, Felipe que va a Andrés, Andrés y Felipe que van a Jesús, me recuerda el rodeo que ha dado mi fe hasta llegar a Jesús. Merece la pena fijarse en este rodeo. En el caso de los Griegos, seguro que ha habido otros además de Felipe y Andrés; han oído hablar de Jesús, de lo que dice, de lo que hace... Como nosotros, que hemos conocido a Jesús no por un simple contagio sociológico, sino a través de algunos que han vivido de veras su presencia.

Pues aquí tenemos a unos que buscan. Vienen de lejos como peregrinos a la fiesta. Y piden **ver** a Jesús. Seguro que había innumerables extranjeros estos días, pero este grupo se distingue.

Normalmente pensamos más en las peripecias que Dios ha hecho para llegar a nosotros (comienzo de la Carta a los Hebreos: *Dios habló en otro tiempo por medio de los profetas y lo hizo en distintas ocasiones y de múltiples maneras*). Es verdad que Dios nos busca, y más nos busca cuanto más alejados estamos de él. Ahí tenemos las parábolas del capítulo 15 de Lucas comparaciones – moneda extraviada, oveja perdida, hijo perdido - de la

búsqueda, la inquietud y la paciente espera de Dios. Nos busca y quiere que le busquemos. Nos busca y lo buscamos. Y no da nada por perdido.

La hora de Jesús

Ha llegado la hora

La *hora* de Jesús fue siempre, a la vez horas de vida y horas de muerte. Porque no es una muerte accidental la suya, ni una muerte obligada o impuesta.

La hora para Jesús, y también para nosotros, es el momento de la decisión, no de cualquier decisión. Es el momento que exige un mayor grado de libertad, como cuando me siento amenazado, se acerca el máximo riesgo, la tentación de abandonar, el momento angustioso que pide el mayor dominio de sí, el paso que compromete más futuro y exige mayor fidelidad. *La hora* de Jesús. La hora llena, la plenitud del tiempo porque la decisión decide el máximo de él, de su vida. Todo en ella entra en juego. Es el momento de vida que enfrenta la muerte. La muerte como donación de vida que pide el todo, cuando el servicio a la verdad pide todo, cuando la voluntad del Padre pide el todo. Es hora de morir el grano y dar mucho fruto. *Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos.*

Pero nada de arrogancia, ni dureza, ni burlarse de las amenazas, pero sí perdonar o pedir perdón para los que no saben.

También la hora de ellos...

Me refiero a todos los testigos, conocedores, espectadores, discípulos, enemigos, solidarios a medias, hombres y mujeres, algunos y algunas con nombres propios, presentes en la *hora* de Jesús, su pasión y muerte.

Todos ellos participaron en una decisión relacionada con la pasión de Cristo. *Ha llegado mi hora*, dijo Jesús, la hora de la gran decisión, la que abarca toda su vida y la entrega. Pero fue también la hora de todos aquellos. La hora de Jesús convocaba a todos ellos a tomar partido. La indiferencia de la masa de espectadores transeúntes; los que gritaron poco antes ¡hosanna! y ahora gritan ¡crucifícale!; el grupo de mujeres solidarias que acompañan a Jesús en la ruta de la amargura, los discípulos acobardados, los acusadores, Pedro, Pilatos, el Sumo Sacerdote,... La hora de Jesús fue también la hora de todos ellos. Hora de compasión, hora de odio.

...y la nuestra

Nuestra hora está definida no por una simple memoria del pasado cuando leamos en las celebraciones de Semana Santa la Pasión de Cristo. La lectura del relato de los evangelistas ha hecho llorar de compasión a lectores y lectoras sensibles en todos los tiempos. La sensibilidad les ha llevado a tener algo que se parece a los mismos sentimientos de Cristo Jesús, como si ocuparan lugar junto a él. Pero hay otra lectura.

El evangelio de hoy en palabras de Jesús dice expresamente: *El que quiera ponerse a mi **servicio**, que me **siga**, y **donde esté yo allí estará también mi servidor**.*

De modo que en esta breve sentencia se une el carácter de **seguidor** de Cristo, la práctica del **servicio** y la decisión **estar donde esté él**.

¿**Dónde** está Jesús ahora? Es una pregunta clave porque se trata también de nuestra hora como seguidores suyos y desafía nuestra conducta. La respuesta merece una reflexión. Pensamos enseguida en su palabra (el Evangelio) y en la Eucaristía, memoria viva de él. ¿Olvidaremos la presencia que él adoptó como identidad suya y refiere en la parábola del fin de los tiempos: *Todo lo que hayáis hecho en favor del más pequeño de mis hermanos a mí me lo habéis hecho* (Mateo 25, 40)? Estaremos allí.

Bernardo Beny (marzo 2018)

LA CITA

Crecer

Creer significa en el sentido del espíritu o entendido espiritualmente, no hacerse más grande, sino hacerse menor... Todo desarrollo entendido como espíritu consiste, no en que algo se añada en mí, sino en que algo de mí se quita, todo lo que presumo tener y que en su inmediatez ha constituido mi fuerza... Por ello, es también el acto religioso supremo hacerse una **nada ante Dios**. La desgracia de la mayoría de los seres humanos no es en modo alguno que sean débiles, sino que son demasiado fuertes para darse cuenta de Dios. Un árbol, un animal, son todavía más fuertes y no perciben en absoluto a Dios; y una piedra es lo más fuerte, y por ello absolutamente incapaz de percibir a Dios.

S. Kierkegaard

Cartas para memoria de la fe
(Marzo 2018)